

# Mis compositores de ópera preferidos

Por ENRIQUE GUARNER

EN 1944 cuando apenas cumplía doce años mi padre me llevó por primera ocasión a la ópera en el Palacio de Bellas Artes para que presenciara un "Don Juan" de Mozart. El director de orquesta fue Sir Thomas Beecham y entre los cantantes se encontraba John Brownlee. Resultó natural el que me enterara poco de la calidad musical de lo que escuchaba, pero sí recuerdo el ambiente, vestuario, colorido y elegancia de la representación. Desde entonces el género operístico se volvió importante en mi vida, porque además mi progenitor nunca dejaba de oír los domingos por XELA los dramas líricos cuyos argumentos nos eran desmenuados por el lexicógrafo Arrigo Cohen Anitua.

En realidad la ópera no es otra cosa que la representación teatral de una tragedia en que las frases se cantan en arias o números concertantes, acompañados por una orquesta de dimensiones variables. A veces esta última toca intermedios o danzas instrumentales dentro de un mismo acto. Para alcanzar la inmortalidad las óperas requieren de ciertas cualidades como su poder dramático y que la música sea melodiosa.

Aunque la mayoría de los críticos manifiestan que el género lírico nació en el siglo XVII, debemos tener cuidado con la aseveración, puesto que no existe duda de que tanto los griegos como los romanos representaban dramas acompañados del canto. Tampoco podemos dejar de hacer constar que en las festividades religiosas durante la Edad Media frecuentemente se interpretaban lo que entonces eran denominados autos sacramentales. Desafortunadamente la mayoría de esas partituras han desaparecido.

De cualquier manera como son: "Las bodas de Figaro", "Don Juan" o "La flauta mágica" han dado lugar a que el compositor junto a Verdi, Wagner y Puccini, pertenezca al máximo cuarteto de los genios operísticos; pero no debemos descartar aquí sus dos otras joyas líricas como "Cossi fan tute" e "Idomeneo".

La primera ópera puramente germana de trascendencia fue el "Fidelio" de Ludwig Van Beethoven, la cual sufrió revisiones en 1805, 1806 y 1814. La causa partió de que el genio de Bonn era mejor orquestador que vocalista y buscaba una partitura perfecta. Esta es la razón por lo que compuso cuatro oberturas distintas y prefirió el "singspiel" o diálogo para enlazar su instrumentación a la escritura de la belleza de "arias". Es este el motivo por el que "Fidelio" requiere de cantantes especializados que le den vitalidad a la monotonía que prevalece.

La creatividad de los autores citados cedió el paso a lo que denominamos "bel canto", en el cual predominan las sopranos y tenores que se lucen valiéndose de florituras en las escalas y tonos. Obras maestras del género son "Norma" de Vincenzo Bellini y "Lucia de Lamermoor" por Gaetano Donizetti. En realidad no soy muy partidario de este modo de lirismo aunque puedo gozar de muchas arias cuando escucho a cantantes excepcionales. Tampoco he sido un apasionado de Giacomo Rossini pero acepto las enormes muestras de simpatía de muchos melómanos hacia "El barbero de Sevilla".

A lo largo de mi vida musical fui primero un moderado admirador del repertorio operístico francés. Sin embargo, en tiempos más recientes lo desafiando de algunos de sus detractores. Empezando por la estupenda "Los Trovadores" de Hector Berlioz, obra maestra de gran be-

lleza pero irrepresentable por su longitud y densidad. Por otra parte también me gusta muchísimo la "Manon Lescaut" y el "Werther" de Jules Massenet, óperas bellas y elegantes. Asimismo sigo disfrutando de "Carmen" que debe considerarse como la tragedia para iniciación de cualquier melómano. Ella es ágil, fácil y con profundidad. Además su compositor George Bizet nos legó "Los pescadores de perlas" con el mejor dúo que existe entre barítono y tenor. El único músico francés por el que siento gran resistencia es Charles Gounod, autor de las banales "Fausto" y "Romeo y Julieta".

En la segunda mitad del siglo XIX apareció uno de los máximos creadores en el campo operístico. Naturalmente que me refiero a Giuseppe Verdi, quien en sus comienzos siguió los lineamientos del "bel canto" que imperaba en su época produciendo "La Traviata" y "Rigoletto", pero a partir de la partitura de "Don Carlo" unió el drama con la instrumentación musical añadiendo además elementos psicológicos a los personajes. Por ello me fascinó con "La fuerza del destino" donde a pesar del caótico argumento surgen inspiradísimos momentos. En el periodo final de su vida, Verdi alcanzó la gloria eterna con esa joya musical que es "Aida" y el dramatismo sin igual de "Otelo". Ambas constituyen arquetipos de las grandes óperas con fondos históricos, coros y arias magníficas que se conjugan con una excelente instrumentación orquestal.

No existe duda para mí del poder que ejercen las óperas de Richard Wagner, pero tengo que decir en honor a la verdad que salvo "Tannhäuser" prefiero escucharlas en discos que asistir a sus representaciones. La razón parte de la extrema longitud e inmovilidad o posición estática con la que actúan to-

dos los personajes. El ejemplo nos lo ofrece esa maravilla musical de la que tanto gozaba mi padre "Tristán e Isolda", cumbre del romanticismo, la cual se extiende a lo largo de casi cinco horas provocando el tedio de quienes la presenciemos.

Para mi "Tannhäuser" constituye una ópera compacta de enorme calidad que nos muestra en su apogeo a Wagner. Algo me agrada "Los maestros cantores de Nuremberg", pero encuentro instrumentalmente inflada la "Tetralogía de los Nibelungos" que resulta difícil de asimilar a pesar de que posee admirables pasajes y fragmentos orquestales.

Entre los descendientes de Verdi me gusta "Mefistófeles" de Arrigo Boito, el cual tuvo oportunidad de ver representado en el Palacio de Bellas Artes en los años cincuenta. Creo que los coros de esta ópera entran dentro de los mejores del repertorio. Igualmente me agrada sobremedida el "Andrea Chenier" de Umberto Giordano y en menor escala "La cavalleria rusticana" de Pietro Mascagni o el "Pagliacci" de Leoncavallo.

El último de los grandes genios del arte lírico italiano fue Giacomo Puccini. Tanto "Manon", "Tosca", "Madame Butterfly" o "Turandot" constituyen obras inmortales que se repiten sin cesar en los grandes teatros del mundo. La razón se deriva del acierto con la melodía indicada, el sentido del ritmo y la inspiración de la partitura. Podría afirmarse que con su enorme sentido escénico Puccini llevó a su apogeo aquello a lo que se denomina el "verismo".

Debo agregar mi aprobación hacia el repertorio ruso con su obra maestra "Boris Godunov" de Modesto Moussorgsky, la cual no se representa con demasiada frecuencia al requerir de un bajo excepcional. Tampoco he visto a esa joya de Alexander Borodin "El príncipe Igor" o las hermosas óperas de Rimsky Korsakoff o de Piotr Ilich Tchaikovsky que solamente escuché en discos.

Por último quisiera añadir que me cuesta trabajo digerir la ópera actual. Tal vez acepto "Katarina Ismailnova" de Dimitri Shostakovich, pero me aburre el famoso "Wozzeck" de Alban Berg. En cambio soy un verdadero fanático del "Porgy and Bess" de George Gershwin a la que considero como una partitura genial.